

flaco y pálido, diciendo que venia de los infiernos (1), y refiriendo las noticias que traía de allá; bien seguro de que ninguno de los presentes hubiese visto lo contrario. Por estas señas (que no podian fallar!) fue creído de sus paisanos, que vertian muchas lágrimas al oír cosas tan lastimeras. Para probar este mismo impostor, que él habia sido aquel Euphorbo que en la guerra de Troya fue muerto por Menelao, llevó á muchos al Templo de Juno, en Argos, y mostrandoles un escudo que estaba alli colgado entre otros, les dijo (2): Ved alli el broquel de que yo me servia quando era Euphorbo, y fui muerto por Menelao. Para convencerles mas, hizo bajar el escudo y se halló escrito dentro el nombre de Euphorbo. Con esto debian quedar todos muy satisfechos.

Lo que nota aqui Lactancio es la burla y desprecio que hacía de los hombres aquel hypócrito, quando les mentia tan desvergonzadamente (3). Con la satisfaccion de que ninguna prueba hacía falta, no temia afirmarles que el rio Caucasos (4) le habia saludado, diciendole con voz clara: *salve Pythagoras*: que en los juegos olimpicos habia enseñado

(1) Apud Stanley in Pythagor. cap. 18. Elapso tempore ex specu ascendit squalidus ac macie confectus, advocataque concione dixit, ex inferis se ascendere, atque ut fidem faceret sibi, recitasse quidquid interea evenisset. Narrabat item portentosas de Palingenesia, & rebus apud inferos gestis fabulas, vivis, de amicis, fatis qui functi fuerant, multa referens, quibus apud inferos sese occurrere ajebat. ... Horum vero gratia in magna erat apud Crotoniatis auctoritate, qui eis, quæ dicebat, affecti, in lacrimas & ejulatus proruperunt. Pythagoram qui divini quippiam habere existimantes, uxores suas in disciplinam ei dederunt, ut ejus doctrina instituerentur.

(2) Diogen. Laert. in Pythagor.

(3) Lactant. Institut. lib. 3. cap. 18. Quod si bene sensisset de his quibus hæc locutus est, si homines eos existimasset, nunquam sibi tam petulanter mentendi licentiam vindicasset: sed deridenda hominis levissimi vanitas.

(4) Porfirio, pag. 192. le llama asi. Laercio y Jamblico dicen que fue el rio Neso. No hay alguna concordancia entre los que refieren este cuento. Vease á Stanley loco citat.

do á todos, que era de oro uno de sus muslos.

Yo creo que si hubiera podido hacerse todo de oro, no le hubiera herido Menelao, ni hubiera necesitado del escudo de Euphorbo. Sobre tales fundamentos le pareció á Jamblico discipulo de Porfirio, que podia hacer creible la divinidad de Pythagoras, y obscurecer la de Jesu-Christo.

§. VI.

Atengome en todo caso á la reflexion de Lactancio, y me duelo de la irrision y desprecio, que se hacía del genero humano. ¡Quánto debe éste humillarse y gemir, al recordarse que estuvo rendido á tantas patrañas, hasta que Jesu-Christo nos iluminó! La verdadera Religion nos ha enseñado á juntar con la sinceridad de palomas, la discrecion, crítica, ò prudencia de serpientes, para distinguir entre la mentira y la verdad, asi como entre el mal y el bien. Los milagros, que en ella se han anunciado, nos dieron juntamente las reglas para saber exâminar y desechar los que no se prueban asi como ellos.

Dan testimonio de estos milagros unos libros, que aunque los Incrédulos no quieran conceder que son divinos, no podrán racionalmente negar que son sincéros y genuinos: porque fueron partos de aquellos Escritores sagrados á quienes se atribuyen, y en los tiempos en que se dicen escritos; y de cosas que estos mismos Escritores vieron ò supieron de testigos y documentos fidelisimos. Ya diximos por quan pocas y legitimas manos cogió Moysès las primeras tradiciones antediluvianas, y postdiluvianas hasta su tiempo. Todo lo demás que escribió son hechos

XVII.

Es justa una nota que hace Lactancio, y se comienzan á ver las pruebas solitas de nuestros milagros.

chos que él mismo vió, y actuó. No aguardó para escribirlos à que muriesen los demás que fueron como él testigos de vista; y estos eran uno ò mas pueblos enteros. Ni viviendo Moysés hubo quien disentiese à cosa alguna de quantas refirió, ni despues de muerto, dejaron de rendirle aun mayor credito y testimonio.

Las mismas naciones, interesadas contra dicha historia, como los Egypcios, la codiciaron y tubieron por un documento precioso. Antes de la version de los Setenta, solicitada por Ptolomeo Philadelfo; y aun antes de la expedicion de Alexandro contra los Persas, se leía ya trasladada en lengua Griega, segun San Clemente de Alexandria (1), y Eusebio (2), con pasages que alegan de Aristobulo, Filósofo peripatetico (3), y de Theopompo, anteriores à los Setenta. Finalmente, no solo la Grecia, sino toda la sábia antigüedad miró hácia este libro como à la unica estrella, que en medio de aquella noche les inuiba alguna luz, para ver en el fondo de los siglos antiguos algo de historia, de política, de Filosofía.

Los mismos Evangelios se arruinarían, si pudieran desconfiarse de los libros de Moysés, y demás de la ley, à que freqüentemente se remiten. Pero aun la naturaleza mantiene documentos de aquellos hechos prodigiosos que obró Dios en contestacion de la Religion, ò en detestacion de la impiedad.

Del diluvio universal han quedado (4) hasta hoy

(1) Clem. Alexand. Stromat. lib. 1. pag. 39.

(2) Euseb. præparat. Evang. lib. 8. cap. 1.

(3) Aristobul. apud Clem. Alex. ibid. Ante Demetrium, priusquam Persas domisset Alexander, alii interpretati sunt ea quæ pertinent ad Hæbreorum popularium nostrorum exitum ex Ægypto, & ad rerum, quæ ipsis contigerunt celebritatem, & Regionis expugnationem, & totius legislationis enarrationem.

(4) Genes. cap. 7.

hoy monumentos que no pueden atribuirse à otra causa, por mas que se filosofe, y se finjan theorias de la tierra. Del trastorno de las cinco Ciudades (1) duran aun vestigios en el Mar Asphaltite que ocupó aquel terreno; pero no acabó de cubrir las ruínas (2) de las Ciudades abrasadas y anegadas. El milagroso castigo de la curiosidad de la muger de Loth (3) no solo parece que duraba para memoria de una alma incrédula (4) en los tiempos de Salomón; sino en los primeros siglos de la Iglesia: Pues el Autor del poëma sobre el castigo de los Sodomitas, que se atribuye à (5) Tertuliano, dice expresamente que duraba el cuerpo petrificado en el tiempo que escribia, sin que las lluvias ni los vientos hubieran podido alterar su forma. Aunque este Autor no sea muy de creer por las extravagancias que añade de aquella estátua; pero en otros Autores graves, como San Ireneo (6), Sedulio, y Claudio (7) Victor se halla recibida la misma opinion de que duraba aquel antiquismo monumento.

El paso del Mar Rojo y la pérdida del exercito de los Egypcios, todo quedó escrito, no solo en el Exôdo y los demas libros (8) sagrados, sino tambien en la memoria de los pueblos comarcanos: y

Tom. III. Mm aun

(1) Genes. cap. 19. Veanse contestados los testimonios de Beorso, Nicolao, &c. Euseb. præp. lib. 9. cap. 4.

(2) Strabon. lib. 16. Apud Calmet. in Genes. cap. 19. v. 25. Itinerantes, testantur, quum aquæ maris demisiores sunt, harum Urbium ruinas in Asphaltite lacu perspicere.

(3) Genes. ibid. v. 26.

(4) Sap. cap. 10. v. 7. Incredibilis animæ memoria stans figmentum salis.

(5) Durat adhuc etenim dura statione sub æthera, Nec pluuiis dilapsa situ, nec diruta ventis, Quin etiam, si quis mutilaverit advena formam Protinus ex se se suggestu vulnera complet.

(6) Ireneo. lib. 4. cap. 51. (7) Claud. Vict. lib. 3. in Genes. 2.

(8) Exod. cap. 14. Psalm. 17. & alibi.

XVIII.
Aun la naturaleza conserva documentos de los que se leen en Moysés.

XIX.
Los demás milagros hechos en Egipto, y en el desierto, igualmente fundados.

aun de los mismos Egypcios. Josefo alega los pasajes (1) de Maneton, que solo discuerda en añadir, que escapó el Rey del naufragio. Y Eusebio (2) cita el testimonio de Artapano, que dice, que pereció en el Mar todo el Egypto. Aun Diodoro de Sicilia refiere, que los pueblos situados en la costa del Mar Rojo creían por tradicion, que un dia se habia el Mar retirado tanto, que dejó descubiertos todos sus abysmos, y volvió despues à ocuparlos precipitadamente. Estos documentos, con los estragos que se creen hechos en los Egypcios, disipan la voluntaria imaginacion de los que no dán en aquel caso al Mar otra alteracion que la creciente y menguante regular que padece todos los dias.

Este milagro con todos los que obró Moysés en Egypto, en el Mar, y en el desierto, tienen por testigos y prueba firmisima el testimonio de todo un pueblo duro è incrédulo que conducia. Si estos halláran algun motivo para no creer à Moysés, y desconfiar de sus obras, à buen seguro que le oyeron tan simplemente, como los de Crotona oían y creían las patrañas de Pythagoras. Los Israëlitas no se rendian sino à la fuerza de unos milagros los mas brillantes y fuertes. En este caso del Mar Rojo (añade el Exôdo) (3) creyeron al Señor y à Moysés su siervo.

Asi no se sostenia su fé sino à costa de milagros notorios. Las aguas amargas se convierten repentinamente en dulces (4). Las codornices vienen à caer

CO-

(1) Joseph. lib. 1. cont. Apion.

(2) Euseb. præparat. Evang. lib. 9.

(3) Exod. cap. 14. v. 31. Crediderunt Domino, & Moysi servo ejus.

(4) Id. cap. 15. v. 23. 25.

como una lluvia, en medio de sus mismos acampamentos (1). El Maná los sorprende (2) y los nutre por mucho tiempo. Una roca da à sus ojos aguas clarissimas, al contacto de la vara (3). Todo el Pueblo veía la niebla y los relámpagos, oía los truenos y el sonido de las trompetas, y sentia el estremecimiento de la montaña, donde subia Moysés à recibir la ley del Señor (4).

¿Qué maquinás secretas y escondidas en la montaña podian (como sueña Voltaire) aparentar unos fenomenos tan magníficos (5), para intimidar al pueblo? Esto es fingir muchos milagros, por negar uno. ¿Era capáz un hombre solo como Moysés, peregrino en el país, sin aprestos, ni medios, de disponer secretamente una perspectiva de sombras y luces, y de una nube que rodeáse toda la montaña? Porque *todo el monte*, dice el Deuteronomio, que (6) *ardia hasta el Cielo*. No es el Sinai alguna montaña tan pequeña: por antonomasia le llaman los Arabes el *Monte*. Por excelente Fysico y Químico que quieran hacer à Moysés, ¿podia ocultamente y por sí solo disponer alguna máquina eléctrica, que hiciese un terremoto en toda la montaña, y arrojáse relámpagos y fuegos que durasen por dias y noches? ¿Cómo habia de acudir à un mismo tiempo à tocar las trompetas, à mover la montaña, y à todos los otros fenomenos? ¿Quántas funciones para un hombre

Mm 2

bre

(1) Cap. 16. (2) Id. ibid. v. 14. 15.

(3) Cap. 17. v. 6.

(4) Id. cap. 20. v. 16.

(5) Dictionair. philosophiq. art. miracles. Il y a eut des machines secretes, cachées dans la montagne, avec les quelles Moysé sut intimider le peuple, pour acréditer sa loi.

(6) Deuteron. cap. 4. v. 11. 24. Mous ardebat usque ad Cælum. Exod. 19. v. 18. Totus mons Sinai fumabat.

XX.

Se responde à Voltaire, que attribuye à maquinás secretas de Moysés la nube que cercaba al Monte Sinai.

bre solo, y cuántas máquinas para que se ocultasen à los ojos de todo un pueblo! No es esto lo mismo que hacer un hoyo en el suelo y meterse en él, para salir despues de algun tiempo sucio y macilento à representar el papel de un muerto que resucitaba del otro mundo.

XXI.
El milagro de Elias resplandecia à competencia de otros con trahechos.

Quando el fuego bajaba del Cielo para consumir las víctimas del holocausto (1); y la gloria del Señor con una nube cubria el Tabernáculo (2), y despues llenaba al Templo; toda una gran nacion, altos y bajos, sabios y rudos eran testigos, y ni los curiosos, ni los mas discursivos tenian que decir. Aun los Sacerdotes de Baal vieron este prodigio sobre el sacrificio que preparó Elias (3); y al mismo tiempo sufrieron la irrision que el profeta hizo de ellos: mas no pudieron imitar este milagro, por voces que dieron à su dios, para que pusiese fuego al sacrificio, y quitáse del cuchillo à los Sacrificadores. Igual peligro hubieran corrido los Sacerdotes de Vulcano, que no ponian sino madera verde en el Templo de Agrigento, y esperaban que el fuego ardiese à cuenta de su dios. Ya Horacio se burlaba de los Sacerdotes de Gnacia (4), porque jactaban que el incienso, que se quemaba en su templo, no necesitaba de las brasas ordinarias: lo que habia dado mucho que reír y que decir à los circunstantes. Digan los incrédulos si los verdaderos mi-

(1) Exod. cap. 34. & cap. 40. v. 34. Levit. cap. 9. v. 24.

(2) 1. Reg. 8. 10. & 2. Paralipom. cap. 7. v. 1.

(3) 3. Reg. cap. 18. v. 24. Deus qui exaudierit per ignem, ipse sit Deus. Respondens omnis populus, ait: optima propositio. Et v. 27. Cumque esset jam meridies, illudebat illis Elias dicens: clamate voce majori, &c.

(4) Horat. lib. 1. satir. 5. dehinc Gnacia, Nymphis
Iratís extructa dedit risusque jocosque;
Dum flammam sine thura liquescere limine sacro
Persuadere cupit.

milagros dieron jamás que reír à ninguno de los Hebreos que concurrían à los dichos actos de su Religion? Siempre por el contrario, los ocupaba el temor de la Magestad, cuya presencia se hacía sentir.

Pero vengamos à las pruebas de los milagros hechos en confirmacion de la divinidad de Jesu-Christo, y de la verdad de su doctrina. Si estas maravillas que refieren los quatro Evangelios, y el libro de las Actas Apostolicas, sucedieron en el modo, tiempo, y oportunidad que se refieren es necesario confesar que Christo era el verdadero hijo de Dios, prometido para la salud de las naciones; y que su doctrina, Sacramentos, y preceptos son la verdadera Religion, establecida en la Iglesia Católica, y en la que solamente conviene que se salven los hombres. Pues este artículo, que es de Historia, se satisface convenciendo dos cosas: la primera, que los testigos y Autores sagrados que refieren los milagros de Jesu-Christo son genuinos y auténticos: la segunda, que los hechos milagrosos referidos por dichos Autores eran tambien notorios y constantes para los que vivian y escribian entonces, así de los indiferentes como de los enemigos de Jesu-Christo. De ambos principios se forma un artículo digno de toda fé.

XXII.
Se viene à demostrar la existencia y verdad de la Religion Christiana por los milagros del Evangelio.

